

ACTO DE CONMEMORACION DEL XXXIX ANIVERSARIO  
DE LA FUNDACION DE FALANGE ESPAÑOLA, CELEBRADO  
EN EL PALACIO DEL CONSEJO NACIONAL DEL  
MOVIMIENTO, EL 29 DE OCTUBRE DE 1972

DISCURSO  
DE

JOSE ANTONIO GIRON DE VELASCO  
Consejero Nacional del Movimiento

EDICIONES DEL MOVIMIENTO  
1972



# Residencia de Estudiantes

# Residencia de Estudiantes



ACTO DE CONMEMORACION DEL XXXIX  
ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE  
FALANGE ESPAÑOLA, CELEBRADO EN  
EL PALACIO DEL CONSEJO NACIONAL DEL  
MOVIMIENTO, EL 29 DE OCTUBRE DE 1972,  
PRESIDIDO POR S. E. EL JEFE DEL ESTADO  
Y CON ASISTENCIA DE S. A. R. EL PRINCIPE  
DE ESPAÑA

## DISCURSO

DE

JOSE ANTONIO GIRON DE VELASCO  
Consejero Nacional del Movimiento

EDICIONES DEL MOVIMIENTO  
1972



*Agustín del Río Cisneros*  
DIRECTOR DE EDICIONES DEL MOVIMIENTO

GAZTAMBIDE, 61  
TEL. 243 00 01

MADRID-15



Depósito legal M. 27.070 - 1972

Ediciones del Movimiento. - Gatztambide, 61. Madrid  
Printed in Spain. Impreso en España por Gráficas EMA.  
Miguel Yuste, 31. Madrid.



«Caudillo de España y Jefe Nacional del Movimiento:

No existe ninguna razón que nos obligue a adoptar, ante nuestras más entrañables efemérides o conmemoraciones, una actitud si no evasiva, tampoco contemplativa. En la historia de toda Revolución las conmemoraciones son hito y punto de partida: examen de conciencia y propósito de enmienda; severa crítica y orden de marcha. ¿Qué hemos hecho?; ¿qué hemos dejado de hacer?; ¿qué es lo que tenemos pendiente?. O la efemérides se acepta con un estricto sentido de austereidad y rigor ideológicos o se diluye en ritos funerarios y decadentes, en fáciles nostalgias o íntimos desencantos. Tenemos ejemplos visibles de revoluciones que, en vísperas de alcanzar una madurez sexagenaria, expresan el gozo de sus aniversarios situando artefactos en el espacio o explicando al mundo, sin vacilaciones, el poderío agresivo del Sistema.

Lejos de la parada y el rito, la fecha que nos convoca y nos reúne bajo vuestra capitánía tiene severas consideraciones que formular; por eso y por un sentido de disciplina —que no encuentra solución de continuidad en mi modesta biografía al servicio de España, de la Falange y de Franco— acudo a esta cita y acepto el alto honor de dirigirme al Consejo Nacional del Movimiento en el XXXIX Aniversario de la Fundación de Falange Española. Lejos de lo que pudiera tener esta ocasión de personal halago, creo que al comparecer ante vosotros en una fecha tan memorable, realizo un acto de humildad. Está fresco y acuciante en nuestra memoria el tras-

cedente discurso pronunciado, ante esta misma Cámara Política, por el camarada Raimundo Fernández Cuesta, a quien todos hemos de agradecer la magistral lección de doctrina falangista con que iluminó sombras y despejó dudas. Un firme sentimiento de lealtad hacia la Revolución Nacional y hacia ese tríptico de vocaciones solidarias, me exigen mirar muy poco al pasado y dedicar, por el contrario, estos minutos en que he de recabar vuestra atención a cuestiones apremiantes que nada o casi nada tienen que ver con el dulce vino del recuerdo y que algo, acaso, tendrán que sumar a la empresa comunitaria y fascinante que nos propusimos en el alba de este tiempo de España.

#### FRANCO, JEFE DE LA REVOLUCION

Hoy se han cumplido treinta y nueve años del acto aural celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid. La distancia que nos separa de aquella mañana otoñal constituye, sin ningún género de dudas, la etapa más fecunda y dinámica de la historia de nuestro pueblo. Me limito a señalar un tiempo histórico que por su cercanía y vivencia permite, sin ensayismos ni pedanterías, toda suerte de comprobaciones. Quedaron abolidas las horrendas incurias de otro tiempo y España hoy ya no es aquel proyecto melancólico y entristo con acritud o desesperación por un puñado genial de españoles. Es, sí, una realidad viva y poderosa, en plena marcha hacia el futuro, con muchas metas todavía por alcanzar, pero con esa iluminada certidumbre de saber que van teniendo y podrán tener respuesta todas las angustiadas preguntas que el español se formuló a lo largo de la Historia.

España ha conocido bajo el mandato de Francisco Franco, paz, bienestar y progreso. En la figura del Caudillo, ennoblecida por tantos servicios y desvelos, se encarna, con matices entrañables, aquella premonición joseantoniana que atribuía a los grandes conductores los perfiles humanísimos

del héroe hecho padre que vigila, junto a una luz perenne, el quehacer y el descanso de su pueblo. Esa obra de gobierno está asentada en sólidos cimientos que sostienen el entramado jurídico del retablo político español e inspirada en dos fuentes ideológicas de cuyos permanentes manantiales surgen los propósitos de esta hora: los idearios de Falange Española y de la Comunión Tradicionalista. Franco supo conjugar, para una hermosa aventura sin precedentes, todo el sabio caudal de los veneros de la tradición con el fresco y dinámico sentimiento revolucionario que emanaba de unas juventudes universitarias y obreras, convocadas y dirigidas por José Antonio, que se proponían, ni más ni menos, que devolverle a los españoles dos cosas perdidas: la Patria y la Justicia.

Sería un error gravísimo encasillar el nombre de Francisco Franco, sin más paliativos, en una obra de estado o en una obra de gobierno. Franco es, antes que otra cosa, el Jefe de la Revolución Nacional. Por eso, en esta misma Cámara y en una circunstancia angustiosa y memorable, él nos dijo: «Los que en España quisieran sacar de la Victoria consecuencias de orden reaccionario están completamente equivocados; los problemas políticos en sí sólo interesan ya por lo que representan en el orden económico-social, y España lleva más de un siglo pendiente de su resolución.»

#### UNA FALSA INTERPRETACION

Hay muchos señores, conocidos por todos, que sostienen el criterio de no turbar a la juventud con el recuerdo amargo de otros tiempos porque estas evocaciones —dicen— además de no ser de muy buen gusto, podrían amenazar a la unidad de los españoles al envolver, en la emoción del heroísmo y del sacrificio, el triste espectáculo de las banderías nacionales que reclamaron e hicieron necesario el Alzamiento del 18 de julio de 1936. Podría considerarse sincera la intención de tan prudentes varones si ellos mismos no intentaran

embarrancar la interpretación del Régimen en un quinquenio de vida española en que toda amargura, brutalidad e intolerancia encontró asiento y ocasión.

No es justa esa interpretación. Reducir el triunfo de España a una victoria militar sobre una república que, desde el decadente conservadurismo de sus orígenes, desemboca en el «carroussel» comunista, sería empequeñecer y traicionar una empresa solidaria e integradora que superó, incluso, la inevitable y honda división de los años de la contienda. Sería también absurdo sintetizar toda la lenta desventura del pueblo español en el cómodo expediente de cinco años de República. No creo que nadie sea capaz de sostener a estas alturas la tesis de que aquellos cinco años tenebrosos fueron una interrupción de la vida secular, libre, apacible, feliz y progresiva de un gran Estado.

Un historiador de nuestro tiempo presentó el espectáculo del Estado Español al iniciarse el siglo XX con estas palabras: bajo un signo de renovación —impuesto por la necesidad de persistir— nacen y crecen los españoles de este período. España, según los padres, lo tenía todo, y los hijos comenzaron a ver que faltaba todo, empezando por el Estado, razón de lo demás: Administración, Ejército, Enseñanza, Industria...

## HACIA UN ESTADO NUEVO

Esto es: la primera tarea con que se enfrentaba la Revolución Nacional era la de crear un Estado: un Estado que nada tenía que ver ni con el de la República que desembocaba en el Frente Popular, ni con los anteriores. El Estado de la Revolución Nacional venía a surgir, como el ave mitológica, de los resoldos de las hogueras en que habían perecido, por injustos o arbitrarios, aquéllos. Sobre aquel panorama de cenizas, desolaciones y amarguras se construía el entramado vigoroso de un Estado fuerte y con autoridad capaz

de servir al interés histórico de España y a los intereses de nuestro pueblo, desasistidos de antiguo.

No puede hacerse una Revolución sin un Estado fuerte y sin una fe colectiva que lo anime y lo justifique; pero es inútil olvidar que el Estado Español, al cabo de treinta y seis años, sólo puede justificarse, frente al futuro, como ejecutor de la Revolución Nacional. Si el Estado o su brazo ejecutivo —que es el Gobierno— abandonasen un día ese propósito, no sólo se quedaría sin sustancia, sino que vería alinearse frente a él el desencanto y la ira de todo un pueblo. Pero es que, además, el Estado Español, que ha tenido que superar un eficaz y dilatado período constituyente, puede hoy abordar con muchas más garantías de eficacia y de éxito que hace siete lustros, los presupuestos inéditos de la Revolución Nacional. Hay que despejar, sin vacilaciones, la incógnita que pudiera anidar en el corazón de muchas gentes sencillas, según la cual tras la esperanza de la Revolución, el Régimen y el Movimiento van a servir, por estas o aquellas circunstancias, al interés de las minorías privilegiadas.

Entendedme: estoy apelando con la máxima severidad posible a la conciencia política y revolucionaria de los responsables del Movimiento. No podemos permitir que las viejas ilusiones que iluminamos, tras siglos de angustias y carencias, sean desmontadas, una a una, para ser izadas como airados gallardetes de protesta en el turbio caldo de cultivo de la subversión. En ocasiones, entristece contemplar nuestras reivindicaciones sociales y comunitarias manoseadas por tirios y troyanos, como un subproducto de contrabando político, para lanzarlo con gesto acusatorio contra nuestras propias instituciones.

## LA AUTORIDAD DEL ESTADO

Os decía que la primera tarea con que se enfrentó la Revolución Nacional fue con la necesidad de crear un nuevo Es-

tado. Queremos que ese Estado sea sólido, con autoridad y que esté puesto al servicio exclusivo de los intereses de España y del pueblo español, asentado sobre un régimen de participación e integración nacionales que en renovada perfección armonice las lógicas y naturales tendencias políticas; por eso anatematizamos la lucha de clases y la pugna enconada de los partidos, que se hacían incompatibles con la visión de ese Estado fuerte y solidario. Pero para que el Estado sea eso, síntesis del pueblo, es preciso que el Gobierno sea, a la vez que reflejo, ejecutor de los intereses de ese mismo pueblo y no frío espectador de sus luchas y desazones. En palabras de José Antonio, nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta —como no la justifica un individuo— sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. La norma del Estado Español ha de ser la de ejecutor de la Revolución Nacional.

Confundir autoridad con tiranía es o una sinrazón, ciertamente endeble, o un fácil truco de prestidigitación política para volcarlo sobre cualquier desahogo callejero. Sólo podría existir ese peligro si no se extrema la vigilancia para que el Estado cumpla su función primordial, y, por el contrario, se posibilite su debilidad al ponerlo al servicio de los intereses de clase o de grupo; entonces, una burocracia que olvidase aquel sentido de participación y solidaridad comunes en que descansa el retablo político, favorecería la concentración del poder económico y público que controla a toda la comunidad, pero que lo poseerían exclusivamente unos individuos y unas organizaciones privadas. Así no se podría justificar ni ante Dios, ni ante la Historia, ni ante los hombres, el poder ni la autoridad. Ese no puede ni debe ser nuestro caso, y al recabar para el Estado el máximo rigor estamos, con Santo Tomás, en que el principio motor que dirige y establece en un grupo humano el orden necesario para conducirlo a su fin, es, exactamente, el principio de la autoridad. La máxima responsabilidad pública reside en la subordinación de la ejecutoria de esa autoridad al bien común.

## LA ECONOMIA, INSTRUMENTO AUXILIAR

En orden económico, por ejemplo, puede constituir hasta un doloroso sarcasmo ver cómo se habla de renta per cápita en países que la utilizan para sostener la fortaleza de una Dictadura, que, al fin, esclaviza al individuo; es como si dijéramos a alguien: «Usted dispone de equis millones de pesetas, pero esa riqueza sólo le sirve para que en su intimidad se considere millonario, ya que en la práctica no puede disponer de ella.» Eso resultaría tan sangrante como el proclamar, con toda solemnidad, la libertad de un hombre para hacer lo que quiera, para que pueda o no aceptar libérrimamente las condiciones de trabajo y de vida que se le ofrecen, pero en la conciencia de que si no las acepta se puede morir de hambre, como diría irónicamente José Antonio, «rodeado de la máxima dignidad liberal».

Hay que reconocer, sin embargo, que la primera de las dos situaciones —que extremo adrede en su caricatura— resulta más grave, porque mientras en la segunda sólo surge la desesperación y la réplica violenta, en la primera, por espejismo, pudiera surgir la esperanza, y no hay cosa más grave, ni más cruel, ni más peligrosa, que la esperanza manejada científicamente por quienes poseen en su manos codiciosas todos los resortes de poder.

Cuando el Estado tiene conciencia de su misión, tiene conciencia, a la vez, de que la economía es un instrumento auxiliar de la política. Una gran política es, efectivamente, el conjunto de principios morales, filosóficos, jurídicos, sociales y culturales que se sirven de lo económico en la medida que pueden y que les convienen. Este fue el punto de partida de la Revolución Nacional: la economía al servicio del hombre; al servicio de la política del hombre y en ningún caso el individuo o la política al servicio de la economía. Por eso nuestro Estado debe situarse tan lejos de cualquier dirigismo panteísta como de cualquier sarampión de liberalismo económico. La comunidad nos dirá en cada caso lo que necesita y

quiere. No es preciso que se proclame fanáticamente partidario de la empresa estatal o de la empresa privada. Pero tiene que tender, inexcusadamente, a lograr que los elementos que intervienen en la producción se sientan unidos por el mismo destino y las mismas ilusiones, involucrados sin desenlaces en la misma noble aventura. Con una política enérgica y gene rosa; con una política sobre todo diáfana y honesta buscará sin descanso la formulación de las medidas que tiendan a establecer ese equilibrio. Estamos en el empeño de hacer fraternos, sin necesidad de declaraciones rituales, los intereses que hasta hoy se han presentado en el mundo de la producción como antagónicos e irreconciliables. Los unos y los otros son, sin duda, instrumentos valiosos y sobre todo imprescindibles de una misma orquesta. Por eso la autoridad del Estado —la auténtica autoridad que nunca puede ser sinónimo de tiranía— no puede dejar irresponsablemente que las partes en litigio resuelvan sus pleitos mediante pactos y convenios. Sería tan disparatado como si la Magistratura dejase en manos de las partes en litigio la suprema tarea de impartir justicia.

#### EL MUNDO DEL «MILAGRO ECONOMICO»

Esa subordinación del hombre y de la política del hombre a la economía, habrá producido en la Europa que surge del humo beligerante de la contienda —una Europa que no puede ceñirse al exclusivo perímetro del Mercado Común— todos los milagros económicos que se quiera, pero, sin poner en la observación ni un átomo de pesimismo, ved cómo las cosas en torno al hombre no funcionan tan a las mil maravillas. Si el hombre se contempla a sí mismo en cualquier punto de la ancha ladera capitalista, si acepta que es una realidad viva y perceptible, entonces cree descubrir en los demás y en sí mismo una especie de secreta resignación, de inercia pavorosa e irrefrenable. El mundo del milagro económico le ofrece todos los días la misma palabrería que, adormi-

lada y resabida, cae sobre las almas que la esperan. ¿Qué voz renovadora, original; qué juicio sincero llega hasta su circuito en medio de este compás monótono de bielas que le impone la monorrítmica máquina del proceso económico?. ¿Qué posibilidades verdaderamente humanas, les deja ese ademán mecánico de ayer, de hoy y de mañana?. En esta visión tiene su origen la rebelión juvenil, tan sabiamente aprovechada por los servidores del marxismo. ¿Dónde pueden revelarse las potencias del alma en una aterradora masificación, que desnaturaliza el contorno del hombre, que le asfixia y le exprime hasta extraer de su ser la última gota de espiritualidad?

La técnica pone en torno a la vida de los hombres una producción en cadena de sorpresas; y el prodigioso juguete de hoy se olvidará mañana ante el nuevo hallazgo. Todo este colosal ilusionismo se llama progreso y es la meta inalcanzable y única del circuito establecido. Por eso, una enorme corriente de contaminación materialista, que ha cegado los manantiales del espíritu y que echa por la borda, como un pesado trasto, los más hondos principios morales, corre por la columna vertebral de los pueblos. Pero, ¿qué puede importarles eso a quienes han puesto al hombre y a la política al servicio de la economía?. Para ellos la palabra bienestar no indica más que un mayor salario, y, cuando más, una seguridad social, que, a veces, constituye otro buen instrumento para que el capitalismo engorde. Resulta significativo que recientemente, hace unos días, las más poderosas manifestaciones del milagro económico, las industrias de mayor prestigio europeo, hayan caído en la necesidad de constituir unos consejos de vigilancia integrados por obreros y representaciones patronales para defenderse, en toda empresa de más de 500 trabajadores, del fantasma de la huelga. Por eso nosotros tememos que levantar frente a ese criterio —que por antítesis se abraza y se funde con la interpretación marxista de la economía y de la historia— la tesis de que hay que rescatar al hombre para que cumpla un fin trascendente y en orden

humano, para que se sienta satisfecho y orgulloso de la sociedad a la que pertenece, para que no se considere encadenado al pernicioso circuito, para que sienta el orgullo de su Patria, para que sienta el calor, el rigor y la ecuanimidad de la justicia. Habrá que insistir en ello: la Patria es una entidad permanente; una verdad absoluta y una vocación comunitaria de proyección universal. La Patria no es un invento literario ni un invento político. La Patria es una entidad histórica con la que estamos resueltamente comprometidos.

El hombre no es sólo productor y consumidor; hay algo más en su entorno. La máxima aspiración del ser humano, aunque no lo advierta fácilmente, es la de sentirse seguro de que está en condiciones de disfrutar las libertades concretas: la libertad de ser, la libertad de saber, la libertad de mandar y la libertad de poseer. Quien no sirva a esa política está haciendo el juego a las fuerzas materialistas, acampe donde acampe y sea del signo que fuere. Nosotros venimos a servir a la profunda libertad del hombre, a su destino trascendente. Por eso nos resistimos a entrar en el juego de quienes desde el marxismo o desde el capitalismo consideren al hombre escuetamente una máquina que produce y consume. Hemos de defender al hombre de quienes lo entienden como un sujeto «que quiere gastar más de lo que gana»; en eso —dicen algunos teóricos del bienestar de hoy— reside el progreso. El progreso del capitalismo, habrá que añadir. Gastar más de lo que gana resulta tan pernicioso como ganar menos de lo que produce. Pero es que, además, si aceptáramos la fórmula, entonces nos encontraríamos con que el hombre queda reducido a ser simple sujeto consumidor, minúscula célula económica excitada por los bramidos de la propaganda comercial, narcotizada por los productos que expelen las antenas, las pantallas y las rotativas, reducido, simultáneamente, a sujeto idóneo para la subversión. La subversión ha visto con claridad que si esa excitación se maneja hábilmente, se convierte en la fórmula para adueñarse de los pueblos; por eso se sostiene en la exigencia de constantes au-

mentos materiales que acabarán por llevar a la quiebra económica a los pueblos más desarrollados y de mayores riquezas naturales. Ved cómo esa quiebra económica, que puede ser de proporciones catastróficas en una comunidad materialista que ha sufrido la bancarrota de todos los valores morales, es el justo momento que esperan quienes con astucia e inteligencia tratan de llegar por la vía de la subversión a ocupar el Poder. Porque cuando los países objeto de esa subversión no pueden dar más, cuando no pueden atender aquellas peticiones que se producen en progresión geométrica, les viene la desesperación y el caos, y así se produce el éxito en el asalto al Estado. Pero ved cómo esa misma astucia se cuida mucho de mantener a su comunidad en tal disciplina, que cualquier concesión, por minúscula que sea, ilusiona y conserva unidos a los elementos que participan en la producción. Ellos caen siempre sobre las comunidades nacionales que han tenido que buscar el bienestar y el orden a costa de atender a las exigencias de los agitadores que trabajan para aniquilar el equilibrio materialista de las sociedades de consumo. La denuncia de esta maniobra jamás podrá ser interpretada con honradez si se la entiende como una actitud inmovilista en el camino que nos queda por recorrer hasta lograr el bienestar duradero del trabajador, que para nosotros no puede ser otro que su plenitud rigurosa en la ciudadanía de la empresa; la ciudadanía política —es decir, el Estado de Derecho a la convivencia pacífica y duradera— costó durante siglos el doloroso enfrentamiento de los españoles; en cambio, la ciudadanía del trabajador en la empresa debe conquistarse inexcusadamente con generosidades y entendimientos recíprocos y con la resuelta autoridad del Estado. En realidad, lo que hemos de proponernos al formular esa denuncia y al tomar conciencia de ese peligro, es la enérgica eliminación de los obstáculos y alcanzar una justicia distributiva que aleje las diferencias materiales y afiance la unidad entre los hombres de España. A esa imagen del hombre unido como un esclavo al progreso económico debemos re-

nunciar en nombre de su libertad y de su dignidad y en nombre del derecho que le asiste al Estado para poner la economía al servicio de la política en bien de la comunidad nacional.

Nada de esto hay que olvidar en el instante en que hemos de enfrentarnos con serenidad y valor al futuro. Un futuro que nos exige que proclamemos, sin recelos ni vacilaciones, nuestro destino en lo universal —sin olvidar nuestra condición de europeos— nos exige acudir allí donde tengamos una cita para cumplir esa misión con la dignidad y el rigor que merece nuestro pueblo. Ese futuro nos exige fomentar la producción y la buena calidad de lo producido para mantener y aumentar los mercados que no pueden conseguirse con una baratura de la mano de obra, sino con la perfección de la obra acabada, porque el prestigio se encuentra en la calidad, y ésta se logra mediante la renovación del utilaje y la formación técnica del trabajador, y con el abaratamiento de la mano de obra no podemos ni debemos competir, porque hay países donde el trabajo es más barato. Y ese mismo futuro reclama una juventud con garra que presente fórmulas porque hemos sabido darle ilusiones nobles e inquietudes colectivas.

#### LA CULTURA, CLAVE DE LA LIBERTAD

Para lograr ese objetivo no existe otra fórmula que la de posibilitar sin trabas ni escollos el acceso del trabajador a la cultura. La Revolución Cultural no es un mito, ni un gallardete que pueda exhibirse en exclusiva por este o aquel sector económico del mundo. La Cultura —y nosotros lo proclamamos hace treinta y nueve años— constituye el elemento básico de la Revolución, su más firme palanca. Por eso tenemos que seguir defendiendo con todos los elementos que dispongamos una serie de exigencias que ni siquiera son del tiempo que vivimos, sino del futuro inmediato que nosotros

o nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos, tendrán que vivir. Hay que arbitrar la fuerza —y bueno es recordarlo en este 29 de octubre de 1972— que nos permita cruzar el desierto sin devorarnos los unos a los otros, y sólo hay una fuerza capaz de fundir las paredes aislantes en que vivimos y crear el clima común en que la paz social puede servir de base a la justicia social. Es decir: a la Revolución Social. Esa fuerza es la cultura entendida como el aire: de universal patrimonio.

La Cultura ha sido durante milenios el patrimonio de una casta encastillada en su torre de marfil. Ahora se habla mucho del problema universitario; pero, ¿cuál es en el fondo el problema universitario?. Para mí, el tema no admite dudas: más allá de unas situaciones de valor docente, técnico o científico, de reajustes o acomodaciones necesarias e ineludibles, el problema más hondo que tiene planteado la Universidad es el tremendo abandono en que se ha dejado a la juventud, no se ha creado en ella ilusiones y se la ha puesto como en terreno de nadie, a disposición de los primeros que han querido mentalizarla, indefensa ante cualquier agresión política, a disposición de la subversión. El problema universitario reside también en que siendo la Universidad del Estado, la Universidad que pagan todos los españoles está, mayoritariamente, abrumadoramente, puesta al servicio de los afortunados. Todo esto sería suficiente como punto de apoyo en mi argumentación, pero no basta. Lo importante, lo trascendente, lo esencial, es que sin cultura la participación en el Poder resulta pura quimera. Y, además, la ausencia de cultura —lo sabéis bien— facilita la vulneración de la justicia.

Hemos de aspirar, si queremos ser fieles a nuestro origen y a las razones permanentes de nuestro pueblo, a que las Facultades y las Escuelas Superiores estén ocupadas por quienes lo merecen y no por quienes pueden. Es muy posible que el día que se arbitren las fórmulas, rigurosamente revolucionarias, que nos deparen la imagen de una Universidad convertida

Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



Residencia  
de Estudiantes



VICESECRETARIA GENERAL DEL MOVIMIENTO